



EL GIBBON DE LOS GUIZOT: APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE UNA EDICIÓN AFORTUNADA

JOAN J. ADRIÀ I MONTOLÍO

Fecha de recepción: 28/04/22
Fecha de aceptación: 19/05/22

Entre 1812 y 1813 el librero Maradan, de París, publicó en trece tomos una versión francesa de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon, por aquel entonces una obra ya justamente celeberrima. Claude-François Maradan era un librero-editor de los más importantes del momento y estaba especializado en la traducción de obras inglesas y alemanas.¹ En la portada del libro, cuyo título trasladaba con bastante fidelidad el del original, *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain*, se indicaba que estaba “traducido del inglés”, se identificaba al autor como Edouard Gibbon y se aclaraba que aquella era una “nueva edición, enteramente revisada y corregida, precedida de una Noticia sobre la vida y el carácter de Gibbon, y acompañada de notas críticas e históricas, relativas, la mayor parte, a la historia de la propagación del cristianismo, por M. F. Guizot”.²

El nombre de Monsieur François Guizot quedó asociado así, desde ese mismo momento, a esa versión que alcanzó gran fortuna en su tiempo y después, y a las notas que escribió al efecto. Se puede decir, además, que su inclinación hacia el oficio de historiador se decidió, en parte no desdeñable, por la necesidad de desempeñar con rigor esa tarea de edición crítica en que invirtió casi cuatro años. Un oficio, una profesión, que fructificó en numerosas obras a lo largo de sus casi ochenta y siete años de vida, pero que alcanzó su madurez y mayor influencia en la *Histoire générale de la civilisation en Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution*

¹ Ver al respecto en el blog de J.-P. FONTAINE: ‘Claude-François Maradan (1762-1823), éditeur majeur de l'ère napoléonienne’, <http://histoire-bibliophilie.blogspot.com/2018/04/claude-francois-maradan-1762-1823.html>, en línea desde 2018 [última consulta: 22/12/2021].

² A fin de facilitar la lectura de este trabajo, he traducido al castellano los textos y citas en él contenidos tomados de escritos publicados en otras lenguas, con excepción de los títulos. Pero he mantenido con la ortografía de la época los que provienen de publicaciones en español.

française de 1828, otro libro famoso, un *best seller* en su época y un auténtico clásico de la historiografía del siglo XIX.³

El “Gibbon de Guizot” es, pues, un artefacto cultural que ha de merecer a los historiadores atención y respeto. Al fin y al cabo, reúne a dos de los autores que más se han beneficiado de la inspiración de Clío. ¿Cómo llegó a manos de un casi imberbe Guizot el encargo de realizar una edición anotada de Gibbon? ¿En qué consistió, y en qué no, su trabajo? ¿Con qué auxilios contó y en qué se concretaron? ¿Cuál fue el proceso que llevó a esta publicación a convertirse en un éxito en Francia y más allá? ¿Qué consecuencias personales y profesionales se derivaron para Guizot de todo ello?

1. UN JOVEN CON MUCHO FUTURO, UN LIBRO FAMOSO, UN SUPERVIVIENTE DE LA ILUSTRACIÓN TARDÍA Y UNA *DEMOISEILLE* QUE ESCRIBE. Demos, para comenzar a responder a estas preguntas, un salto en el tiempo. El 28 de septiembre de 1874, tan solo dos semanas después de la muerte de François Guizot, la revista madrileña *La América*, a la sazón dirigida por uno de los padres del republicanismo español, Eusebio Asquerino, publicaba un largo artículo sin firma sobre el finado que comenzaba así:

M. Guizot (Francisco Pedro Guillermo), hombre de Estado y escritor francés, miembro del Instituto,⁴ nació en Nimes el 4 de Octubre de 1787, de una familia protestante. Su padre, abogado distinguido, pereció en el cadalso el 8 de Abril de 1794, y su madre se refugió en Ginebra, donde el joven Francisco Guizot se entregó al estudio de la literatura y de las lenguas con tanta pasión como buen éxito. En 1805 se fué á París á estudiar la abogacía, y al año siguiente entró como preceptor en casa de Stapfer, antiguo ministro de Suiza cerca del Gobierno francés. Introducido en la casa de Suard, allí conoció la sociedad literaria de la época y á la señorita Paulina de Meulan, que trabajaba entonces en *El Publicista*, quien, en agradecimiento al concurso que había recibido durante una larga enfermedad de un colaborador desconocido, y era el mismo M. Guizot, consintió, no obstante lo desigual de la edad, en ser su mujer (1812). Ella tenía catorce años más que él; pero sus relaciones con los jefes del partido realista abrieron á su marido la carrera política.

Siendo hombre de letras, M. Guizot, que empezó á escribir en *El Publicista* haciéndose notar con sus artículos acerca de *Los Mártires*, de Chateaubriand, publicaba en aquella época su *Nuevo Diccionario de los sinonimos franceses*, inteligente compilación de trabajos anteriores, de *El estado de las bellas artes* y del *Salón* de 1810,⁵ *Vida de los poetas franceses del siglo de Luis XIV*. Traducía del autor alemán Rehffues *La España de 1808*,⁶ y publicaba con notas la *Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano*, de Gibbon, traducida por varios personajes, y entre ellos Luis XVI, y revisada por Mme. Guizot. Esta vida laboriosa tuvo su recompensa en 1812. Fontanes nombró á Monsieur Guizot, que no había logrado ser admitido como auditor en el Consejo de Estado, profesor adjunto, y muy poco después en propiedad, de historia moderna en la Sorbona.

³ La obra recoge las lecciones del curso que Guizot impartió ese año en la Facultad de Letras de París. He escrito sobre ella ‘La civilización doctrinaria: Guizot y la historia europea (primera parte)’, en *La Torre del Virrey*, 16 (2014/2), pp. 87-109, y ‘La civilización doctrinaria: Guizot y la historia europea (segunda parte: su influjo en la España isabelina)’, en *La Torre del Virrey*, 18 (2015/2), pp.127-173. Los enlaces a ambas publicaciones, que pueden consultarse online, son los siguientes:

<https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/334/301>

<https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/311> [última consulta: 15/01/2016].

⁴ Es decir, miembro del Instituto de Francia en tanto que pertenecía a tres Academias: la Francesa, la de Inscripciones y Bellas Letras y la de Ciencias Morales y Políticas.

⁵ *De l'état des Beaux-Arts en France, et du Salon de 1810* es una única obra, y no dos, como sugiere aquí el uso erróneo de la letra cursiva. Ver LAURENT THEIS, ‘Guizot et le Salon de 1810’, en *Napoleonica. La revue*, 18, (2013/3), pp. 126-135. En línea en <https://www.cairn.info/revue-napoleonica-la-revue-2013-3-page-126.htm> [consulta, 18/11/2021].

⁶ *L'Espagne en mil huit cents huit*, de PHILIPP JOSEPH VON REHFUES, fue publicada en París en 1811 por Treuttel et Würtz sin que se indicara el nombre del traductor.

Hay que reconocer que, a pesar de algunos errores menores y del abuso de reducir la boda de François y Pauline a una especie de acto de gratitud, la publicación española resumía con acierto tanto la trayectoria previa como el contexto personal, intelectual y social, poblado de nombres propios, de aquel joven Guizot que asumió la tarea –en colaboración, como nos adelanta la cita, con Pauline de Meulan– de preparar una nueva edición parisina del libro de Gibbon. Y que estaba llamado a ser, pasado el tiempo, un político de primera fila (presidía el gobierno francés contra el que estalló la revolución de 1848), un pensador leído e influyente (el más notable ideólogo del liberalismo doctrinario) y un historiador conspicuo (le debemos la expresión “historia de la civilización” y, junto a otro historiador amigo y protegido suyo, Augustin Thierry, el “descubrimiento” de las “clases” sociales y de su “lucha” como “motor de la historia”). Su conocida aversión a la democracia, que ahora nos lo hace antipático, y con razón, no debería distraernos a la hora de valorar sus aportaciones en todos esos campos.

La necrológica de *La América*, por tanto, ofrece ya algunas respuestas a las preguntas que arriba planteamos. Pero lo hace con tal concisión que nos deja poco satisfechos y con la necesidad de ensanchar lo que nos dice. La podemos tomar como punto de partida, claro está, pero asumiendo que se impone ahondar más. ¿Qué son la “casa de Stapfer” y la “casa de Suard”? ¿Qué papel exacto interpretó en el proceso editorial Pauline, desde 1812 Madame Guizot? Para proseguir nuestras pesquisas vale la pena conceder la palabra al mismo Guizot. Este, en un escrito datado en agosto de 1869, sólo cinco años antes de su muerte, recordaba la génesis y el éxito de aquel encargo de remozar a Gibbon en francés:

Un librero le dijo a M. Suard que tenía la intención de publicar una nueva edición francesa de la gran *Histoire de la décadence et de la chute de l'empire romain* de Gibbon. "Veo a menudo –le dijo M. Suard– a un joven que me parece muy adecuado para este trabajo, M. Guizot". Se me hizo la propuesta; la acepté de común acuerdo con la señorita de Meulan, que se encargó de la revisión de la traducción, y yo de las notas que convenía añadirle para rectificar o completar, según las investigaciones de la erudición moderna, la obra del historiador inglés. Era una tradición de aquel tiempo, y M. Suard la creía fundada, que el primer volumen de esta historia había sido traducido en parte por Luis XVI, entonces delfín, bajo el nombre de M. Leclerc de Septchênes, secretario de su gabinete, y que al llegar a los capítulos relativos al establecimiento del cristianismo el príncipe se había detenido por un escrúpulo piadoso y no había continuado su trabajo. Estos capítulos fueron para mí objeto de un serio estudio, cuyos resultados, insertados en forma de notas en la edición francesa de la obra de Gibbon publicada en París en 1812, fueron reproducidos en Inglaterra en las dos nuevas ediciones del texto original publicadas, una en 1838 por el erudito Dr. Milman, la otra en 1854 por el Sr. William Smith.⁷

En efecto, en aquellos años en que Guizot trataba de abrirse camino entre la élite intelectual de París, el libro de Gibbon ya hacía más de dos décadas que había empezado a circular en francés en una versión coetánea casi de la original de la que enseguida hablaremos, al tiempo que, cabe insistir, se había convertido en una de las obras más célebres, exitosas y rentables de la historiografía de su época. Si el tomo inaugural de la primera edición en inglés había visto la luz en 1776, el segundo y el tercero en 1781, y la publicación de los tres restantes no acabó hasta 1788, los volúmenes iniciales de las traducciones francesa, italiana y alemana llevan fecha de 1777, la primera, y de 1779 las dos restantes. Los más de 40.000 ejemplares vendidos

⁷ F. GUIZOT, ‘Le christianisme et le spiritualisme’, en *Revue des deux mondes*, XXXIXe année, seconde période, tome quatre-vingt-troisième (1869), pp. 29-30.

en inglés y la difusión internacional asegurada por las versiones en las tres otras lenguas “de cultura” europeas de la época proporcionaron a su autor fama internacional y, además, lo libraron de cualquier angustia económica: sus editores ingleses le pagaron 9.000 libras por su trabajo, una suma ingente en aquel tiempo.⁸ Fortuna y gloria. ¿Se puede pedir más?

Guizot recibió, obviamente, unos emolumentos mucho menores por su edición de Gibbon, aunque, como hemos apuntado y veremos luego, este trabajo acabó por alcanzar una enorme importancia tanto a la hora de definir su vocación de historiador y asegurarle una sólida carrera profesional como para encauzar su vida familiar. El contrato firmado con Maradan en octubre de 1808, y que incluía también a Pauline de Meulan, preveía una única remuneración de 5.400 francos, de manera que las ventas y futura reimpresiones serían a beneficio del librero.⁹

La versión francesa anterior, que esta estaba llamada a sustituir, tenía detrás una curiosa historia. Como recogía Guizot, era muy común la idea de que el autor de la traducción del primer tomo de Gibbon no habría sido otro que el futuro Luis XVI, y que su secretario Leclerc de Septchênes sólo habría prestado su nombre –o, mejor acaso, la habría completado– para que fuera publicada en tres volúmenes en octavo en el citado 1777.¹⁰ Los primeros capítulos fueron bien acogidos por Gibbon, que se reconoció en la traducción, escrita a su parecer con mucha “pureza y elegancia”, aunque lamentó la presencia de algunos errores de concepto en los “objetos de erudición”, que únicamente podrían ser percibidos “por un pequeño número de gentes esclarecidas”.¹¹ La publicación en francés de los volúmenes restantes siguió con mayor o menor rapidez a la impresión de los originales ingleses, en la cual se sucedieron diferentes traductores (Demeunier, Boulard, Cantwel de Mokarky, Marigné...) y casas editoriales, hasta sumar un total de 18 tomos en 1795. Y, dato muy importante, el responsable de sacar a la calle las entregas finales no fue otro que el librero Maradan.

La calidad de aquellas primeras traducciones fue en exceso desigual. En el prefacio de su edición de Gibbon, Guizot diferenció entre el “gran cuidado y esfuerzo” que se reconocían en los volúmenes iniciales –los puestos bajo el nombre de Leclerc de Septchênes– y hacían grata su lectura, y el estilo defectuoso de los demás que “llevaban sobre todo la huella de una precipitación extrema”.¹² No es de extrañar que Maradan, convencido sin duda de que la obra de Gibbon iba a seguir atrayendo lectores francófonos y que había mercado para sucesivas impresiones, pensara que valía la pena proceder a una revisión general de todo lo realizado para mejorarlo. Y es aquí donde entraron en escena Jean-Baptiste-Antoine Suard, Pauline de Meulan y François Guizot.

⁸ J. A. DELGADO DELGADO, “Leer a Gibbon. El texto de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, t. 25 (2012), pp. 477 y 481.

⁹ L. THEIS, ‘François Guizot et ses éditeurs’, en *Bulletin de la Société de l’Histoire du Protestantisme Français (1903-2015)*, vol. 159 (2013), p. 659.

¹⁰ VICOMTE DE FALLOUX, *Louis XVI*, París, Delloye, 1840, p. 17, constituye un buen ejemplo de lo publicitado que estuvo la atribución al rey guillotinado. Tampoco fue raro adjudicar a Leclerc de Septchênes una responsabilidad mayor que la de simplemente prestar su nombre. Ver al respecto la voz Gibbon en F. X. DE FELLER, *Dictionnaire historique*, tomo 6, Lille, L. Lefort, 1832 (8ª ed.), p. 176. Los tres volúmenes de aquella entrega inicial de la obra de Gibbon, que correspondían al único tomo en inglés publicado en aquel entonces, vieron la luz en París por iniciativa de dos casas de librería asociadas para ello: la de los hermanos Debure y la de Moutard.

¹¹ Así lo manifestó en una carta que envió a Suard, personaje del que enseguida hablaremos, y que fue publicada por M. BARIDON: ‘Une lettre inédite d’Edward Gibbon à Jean-Baptiste-Antoine Suard’, en *Études Anglaises*, 24, 1 (1971), p. 79.

¹² Vol. I, p. XXVI, de la edición de 1812.

Suard era un acreditado superviviente de la “república de las letras” previa a 1789, “un típico *philosophe* de los últimos años de la Ilustración”, al decir de Robert Darnton.¹³ Protegido en sus inicios por el abate Raynal, también por D’Alembert, admitido en los salones donde se cocían las ideas más avanzadas de su tiempo y se practicaba aquella sociabilidad de élites que procuraba a sus partícipes renombre y oportunidades de conseguir empleos bien remunerados, Suard sobresalió en el despliegue de las “estrategias mundanas” que regían aquel exclusivo ambiente, con lo que acabó ingresando en la Academia Francesa y enriqueciéndose con una colección de sinecuras que incluyeron los cargos de administrador de la *Gazette de France* y de censor de las obras de espectáculos. Sus escritos, centrados en la crítica literaria, apenas fundaron los cimientos de su posición, ya que esta se asentó en su talento de conversador y de traductor del inglés, y en su capacidad para cultivar amistades y anudar relaciones, incluso más allá de Francia. Una tarea en la que se vio bien complementado por su esposa, Amélie, que lo acompañó en su intensa vida social y llegó a abrir su propio salón.¹⁴ Gibbon, que trató personalmente a Suard tanto en Londres como en París y Lausana, en un principio llegó a pensar en él como traductor de *Decline and Fall*, pero los contactos no dieron resultado.¹⁵

Luego, durante la Revolución, la vida de Suard se complicó. Monárquico, aunque no un furioso reaccionario, durante el Terror se retiró a sus propiedades en un acto de prudencia (fue en su casa donde buscó cobijo Condorcet antes de ser detenido y fallecer).¹⁶ Después, con el Directorio, hubo de emigrar a Suiza y Alemania a consecuencia del autogolpe de estado republicano de 1797 (el golpe del 18 de fructidor). Regresó tras la llegada al poder del general Bonaparte en 1799 y volvió a conquistar una excelente posición en la vida “mundana” del París napoleónico auxiliado, otra vez, por la destreza *salonnière* de Amélie.

“Bonaparte –escribió años después Madame Suard– trató a los hombres de letras con una generosidad desconocida hasta entonces; quería ganar las voces de los renombrados”.¹⁷ En efecto, su esposo, aunque partidario de una monarquía constitucional bajo el retorno de los Borbones, acumuló honores, se convirtió en el secretario perpetuo de la reorganizada –aunque sin ese nombre– Academia Francesa,¹⁸ y se situó, al decir de Gabriel de Broglie, biógrafo de Guizot, “en el centro de una numerosa sociedad de literatos del Antiguo Régimen, de colegas de la Academia, de senadores y de funcionarios independientes, de extranjeros”.¹⁹ En el salón de los Suard, advierte otro especialista en Guizot, Laurent Theis, “se reencuentran, no sin melancolía, los espíritus brillantes y las glorias pasadas que el régimen imperial deja sin empleo o condena a la discreción”.²⁰ Sin embargo, el capital social que manejaban el viejo filósofo y sus socios, expertos en tejer hilos de influencia,

¹³ R. DARNTON, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, trad. de Laura Vidal Sanz, Madrid, Turner, 2003, p. 17.

¹⁴ R. DARNTON, *ibid.*, pp. 17-21. A. SUARD, *Essais de mémoires sur M. Suard*, París, Imprimerie de P. Didot L’Ainé, 1820, pp. 35 y ss. A. LILTI, ‘Sociabilité et mondanité: Les hommes de lettres dans les salons parisiens au XVIIIe siècle’, en *French Historical Studies*, vol. 28, n° 3 (2005), pp. 418-423. R. CHARTIER, ‘Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII’, en *Studia historia. Historia moderna*, vol. 19 (1998), pp. 73-74.

¹⁵ J. A. DELGADO DELGADO, *op.cit.*, p. 474, n30.

¹⁶ La versión de Amélie Suard sobre los últimos días de Condorcet, en las páginas 197-203 de su libro.

¹⁷ A. SUARD, *ibid.*, p. 287.

¹⁸ Funcionaba como la “segunda clase” del Instituto de Francia. El nombramiento puede consultarse en D. J. GARAT, *Mémoires historiques sur le XVIIIe siècle et sur M. Suard*, vol. II, París, Belin, 1821 (2 ed.), p. 420.

¹⁹ G. DE BROGLIE, *Guizot*, París, Perrin, 1990, p. 29.

²⁰ L. THEIS, *François Guizot*, París, Perrin, 2019, p. 14.

era ingente. De manera que, al acceder a *chez* Suard en 1807, Guizot pudo beneficiarse del engranaje de tutela, prestigio y distinción que procuraba. Y en particular de la protección de Monsieur Suard, del afecto de su esposa y de la eficacia como mentora de Mademoiselle Pauline de Meulan.

Guizot, cabe advertir, consiguió esas amistades gracias a su relación con Philippe-Albert Stapfer (el dueño de la otra “casa” que citaba *La América*), que había sido ministro en Suiza y embajador de este país en Francia, que reunía a su propia tertulia y de cuyos hijos Guizot se convirtió en preceptor: éste era el hombre que por aquel entonces se había convertido en su mayor influencia intelectual. Un día de marzo de 1807, en una cena en casa de los Stapfer, y en presencia de un Guizot que apenas contaba diecinueve años, Suard relató que una colaboradora de su periódico, el *Publiciste*,²¹ atravesaba una serie de problemas familiares que le impedían redactar sus crónicas. La dama –en realidad señorita– era, como el lector ya debe suponer por lo dicho, Pauline de Meulan, a quien Guizot, en carta sin firmar, se ofreció para escribir en su lugar los artículos comprometidos por ella durante el tiempo que fuera necesario. Poco después, en abril, Pauline quiso “conocer al caballeroso anónimo” que se encargó durante un par de meses de su trabajo. Así comenzó una relación que se consolidó cuando en septiembre del citado 1807 Guizot firmó un contrato para escribir ocho artículos al mes a cambio de 200 francos en el mismo *Publiciste*.²²

2.FRANÇOIS Y PAULINE FORMAN EQUIPO. Pauline de Meulan ha sido una de esas raras mujeres a las que el congénito patriarcalismo de la historia tradicional no ha conseguido volver invisibles del todo. Su valía, su brillantez (como crítica literaria, folletinista, autora de literatura infantil o moralista), fueron suficientes para que ni siquiera la enorme relevancia de su marido llegara a ocultarla por completo. Sin que ello signifique, claro está, que no haya sido objeto del maltrato habitual al que la posteridad (y su presente) ha sometido a tantas mujeres de letras del pasado. Como ha destacado una cultivadora de los estudios de género, Antoniette Sol, “su lugar en la historia (tradicional y literaria) se reduce a su estatuto de esposa” de Guizot, interesando sobre todo la “interferencia de su vida” con la de su marido.²³ Insistimos: no cabe aquí hablar de invisibilización, pero sí de maltrato.

Nacida en 1773 en el seno de una familia de raigambre aristocrática, desde muy joven Pauline había dado muestras de poseer una inteligencia poco común. Sin embargo, fue la muerte de su padre en 1790 y el empobrecimiento familiar que acompañó a la Revolución los motivos que la llevaron a tratar de ganarse la vida con la pluma: “la voluntad de salir de la miseria hizo nacer la mujer de letras”, afirmó con contundencia el mayor estudioso de Guizot del tercio central del siglo XX, Charles-H. Pouthas.²⁴ Tras diversos avatares, Suard, que había sido amigo de sus padres, le ofreció escribir con asiduidad para el *Publiciste* en 1801. Sus colaboraciones y sus folletines se hicieron tan habituales en el periódico como fueron bien acogidos por el público y sus ingresos se tonificaron. Y, tras su matrimonio, y hasta fallecer en 1827, Pauline siguió escribiendo textos que fueron impresos con su nombre de casada, Madame Guizot.

²¹ Suard, que lo había fundado en 1801, no era ya el director al haber sido desplazado por una maniobra política de Fouché, pero seguía conservando intacta su influencia. C.-H. POUTHAS, *La jeunesse de Guizot (1787-1814)*, París, Félix Alcan, 1936, p. 221.

²² G. DE BROGLIE, *op. cit.*, pp. 28-30. LAURENT THEIS, *Guizot*, p. 14. C.-H. POUTHAS, *ibid.*, p. 271.

²³ ‘Genre et historiographie. Quelques réflexions sur Élisabeth-Pauline de Meulan Guizot, romancière, journaliste et historienne (1773-1827)’, en N. PELLEGRIN (ed.), *Histories d'historiennes*, Saint-Étienne, Publications de la Université de Saint-Étienne, 2006, p. 265. El paréntesis de la cita, en el original.

²⁴ . C.-H. POUTHAS, *ibid.*, p. 252.

Charles de Rémusat –amigo de los Guizot, político de la cuerda de François y quizá el mejor memorialista francés del siglo XIX– prologó en 1828 *Conseils de morale*, el libro póstumo de Pauline que publicó su marido, con una “Notice sur la vie et les ouvrages de Mme Guizot” que significó el primer acercamiento importante a la biografía de esta.²⁵ Pocos años después, el famoso crítico Charles-Augustin Saint-Beuve le dedicó uno de sus influyentes *portraits littéraires*.²⁶ Uno y otro construyeron una imagen de Pauline de acuerdo al utillaje mental de los hombres de su tiempo, y que ahora ha de parecernos plagada de prejuicios. Pero al escribir “bien” sobre ella le facilitaron un lugar en el parnaso literario francés, lo que para una mujer de su época ya es mucho. Su fama llegó a atravesar fronteras y perdurar en el tiempo, siendo algunos de sus libros reeditados hasta nuestros días (y en formato digital). Buenos ejemplos de esa proyección exterior pueden ser el hecho de que Marcelino Menéndez Pelayo hablara de ella, aunque fuera brevemente y de pasada, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, calificándola de “docta y severa” y señalando que tenía “exquisito talento” para “la crítica moral”.²⁷ Y el de que en 1895, casi setenta años después de muerta, el principal periódico destinado a las mujeres de la España decimonónica, *La moda elegante*, incluyera un largo artículo titulado “Paulina Meulan” que firmaba María del Foro, seguramente un pseudónimo. Se centraba en su vida previa al enlace con Guizot y contenía párrafos como el que sigue:

Paulina Meulan, descendiente de los Condes de Meulan, señores de Mantes, era una de las damas que más se distinguían en aquel salón [el de madame Suard]: su singular belleza, su clara inteligencia, su sanísimo corazón, su ingenio agudísimo, su vasta cultura, su viveza de espíritu y su gracia en el decir, habiánle captado la estimación y respeto de todos los que la trataban, seguros que la joven no necesitaba los antecedentes de su gloriosa familia para brillar como estrella de primera magnitud en los círculos de aquella brillante sociedad. Los discreteos de Paulina Meulan hacían las delicias de todos los que la escuchaban, y sus atinadas observaciones arrojaron más de una vez mucha luz en las discusiones de los sabios.²⁸

Aunque no hayamos de creer a pies juntillas tan poco sorprendente prosa, que hace de Mademoiselle de Meulan un dechado de virtudes, de lo que no cabe duda es que esta se ganó una notable reputación de literata talentosa antes de conocer a su futuro marido, consolidándola luego. Y que las relaciones entre ambos, nacidas en la primera mitad de 1807 en el ámbito del periodismo (19 años él, 33 ella), se intensificaron desde entonces hasta que acabaron por fraguar precisamente en la tarea conjunta de editar la nueva versión de Gibbon.

Ya hemos visto antes el testimonio de Guizot atribuyendo a su protector Suard una mediación directa entre el librero Maradan y él mismo para preparar la edición crítica de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain*, y la confesión de haber aceptado la propuesta “de común acuerdo” con Pauline de Meulan. Pouthas, probó, sin embargo, que en realidad el librero-editor habría pensado desde muy al principio en ella, con la que comenzó a negociar el contrato en julio de 1808, “ignorando a Guizot todavía o no confiando en él”, y que también fue Maradan quien

²⁵ P. GUIZOT, *Conseils de morale, ou Essais sur l'Homme, les Moeurs, les Caractères, le Monde, les Femmes, l'Éducation, etc.*, París, Pichot et Didier, 1828, pp. I-LXII. Rémusat incluyó este texto bajo el título ‘Madame Guizot, Pauline de Meulan’ en el segundo volumen de sus *Critiques et Études Littéraires*, París, Didier et Ce., 1859, pp. 57-96.

²⁶ Recogido como ‘Madame Guizot’ en su volumen *Portraits de Femmes*, París, Didier, 1856, pp. 189-219.

²⁷ P. 282 del tomo IX de la edición de Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1912.

²⁸ Ejemplar del 6 de septiembre de 1895.

“había exigido la colaboración de Pauline”.²⁹ Esta, a sus 34 años, ya llevaba al menos una década de contactos editoriales con el librero,³⁰ además de gozar asimismo de la protección de Suard, y su veteranía y su reputación podían servir de mejor garantía a quien arriesgaba los cuartos que el ánimo de un novato. Da la sensación, pues, que fue su futuro marido, más que ella, el cooptado.

En todo caso, Pauline y François cooperaron estrechamente para llevar a cabo la tarea. Pese a ello, cuando la obra comenzó a salir de la imprenta cuatro años después, cualquier referencia a la identidad de la mujer fue omitida y en la portada solo figuraba el nombre del varón, destacándose además que él era el autor de la “Noticia sobre la vida y el carácter de Gibbon” y de las notas críticas e históricas añadidas. En el volumen inicial, además, aparecía un breve escrito “Al editor” en que Suard evocaba sus encuentros con Gibbon, y antecediéndole, un “Prefacio del editor” donde Guizot justificaba la reedición, explicaba algunos pormenores de la misma e introducía una referencia implícita a Pauline, aunque sin citar su nombre. “La revisión de la traducción”, nos dice Guizot, “es la obra de una persona que está demasiado cerca de mí para que me sea permitido hablar de ella más que para indicar qué ha hecho”.³¹ Sin embargo, todo *le monde* de los Suard, y más allá, debía saber fehacientemente quién era esa persona tan cercana. Una identidad sin intriga que Guizot reconoció abiertamente en el escrito de 1874 antes referido. No creo que sea una fantasía atribuir a la condición femenina de la que precisamente en aquel 1812 se convertía en la señora Guizot una parte sustancial de ese ocultamiento.

Que lamentablemente aún asoma en escritos recientes. Uno no deja de sentir cierta punzada descorazonadora cuando lee, en un artículo por lo demás muy interesante del traductólogo Gabriel Louis Moyal, que el libro de Gibbon fue traducido y editado por Guizot, así, sin más, ninguneando a Pauline.³² Más de cien años antes la necrológica de *La América* había estado infinitamente más acertada. Menos mal que la inexacta afirmación ha sido corregida por Moyal después, tomando en consideración la labor de aquella y el hecho de que su papel no fuera reconocido en la portada.³³ Otro ejemplo de que los ejercicios de silenciamiento de la intervención de Mademoiselle de Meulan nunca cesan lo encontramos en 2019, y nada menos que en *Le Figaro* (para ser exactos en su rúbrica en línea *FigaroVox*). Allí, el historiador Stéphane Ratti citaba el “trabajo de traducción y anotación” de Guizot, del que resultó una “bella traducción” en la que “los lectores franceses de hoy leen siempre” a Gibbon.³⁴ De nuevo como si se debiera sólo a él. El maltrato historiográfico de la mujer, pues, continúa activo.

Quizá la mejor manera de tratar la aportación de uno y otro a la tarea de reeditar a Gibbon sea la de mirarlos como un equipo en el que cada uno se entregó principalmente a un objetivo (la corrección de la traducción de Pauline; las notas

²⁹ C.-H. POUTHAS, *op.cit.*, pp. 315-316.

³⁰ L. THEIS, ‘François Guizot et ses éditeurs’, p. 659.

³¹ E. GIBBON, *Histoire de la décadence et de la chute de l’Empire Romain*, ed. y trad. de F. Guizot, Paris, Chez Maradan, 1812. El prefacio del editor, en las pp. V-XXVIII. El escrito de Suard, en las pp. XXIX-XXX. La noticia sobre Gibbon, en las pp. XXXI-LXVI. Y la cita sobre la revisión de la traducción, en las pp. XXV-XXVI. Siempre en el vol. I de la edición de 1812, París, Maradan.

³² G.L. MOYAL, ‘Traduire l’Angleterre sous la Restauration: Gibbon et Shakespeare de Guizot’, *Meta*, 50, 3 (2005), p. 882. Disponible en línea en <https://www.erudit.org/fr/revues/meta/2005-v50-n3-meta979/011603ar/> [consulta, 18/11/2021].

³³ ‘L’usage de l’histoire: Gibbon dans Guizot’, en R. FALCONER y A. OLIVER (ed.), *Re-reading/La relecture: Essays in honour of Graham Falconer*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing, 2012, p. 230.

³⁴ ‘François Guizot, l’incarnation d’un siècle’, en <https://www.lefigaro.fr/vox/histoire/francois-guizot-l-incarnation-d-un-siecle-20190913> [consulta, 16/12/2021].

críticas de François), pero manteniendo siempre una constante comunicación, una interacción enriquecedora. A fin de cuentas, el trato mutuo no se limitó a su trabajo *tête à tête* con la obra gibboniana, sino que, nacido previamente, creció y creció hasta conquistar nuevos territorios tanto en el ámbito público de las letras como en el privado de los sentimientos. Y eso que sus notorias diferencias de edad, carácter, sensibilidad, procedencia social, educación o confesión religiosa, parecían más proclives a alejarlos que a augurar una compenetración tan honda como la que acabaron consiguiendo. A fin de cuentas, él era un “provinciano, de la pequeña burguesía, sin fortuna”; ella, de “familia noble, que había sido rica y había conocido la sociedad brillante del Antiguo Régimen”. Él, un protestante de cuna; ella, “católica y tolerante”. Él, introvertido, solitario, serio (“como Buster Keaton, el hombre que no ríe”, escribió un siglo después, Ortega y Gasset), amigo de lecturas “religiosas o filosóficas”; ella, “picante”, una partícipe activa de la mundanidad parisina, devota de Racine y amiga de paradojas. Él, “dogmático, teórico, lleno de certitudes metafísicas”; ella, “observadora, pragmática y sin grandes convicciones”.³⁵ Él, en fin, cabe recordar que tenía catorce años menos que ella. Algo que nunca habría que minusvalorar.

Porque esa notable diferencia de edad vale para explicar que fuera Pauline el platillo con más peso de la balanza formada por ambos en los pasos inaugurales de la relación, sin olvidar el hecho de que se moviera como pez en el agua en el círculo de los Suard y adláteres. “Sin ella, es posible –sostiene Theis– que él no hubiera llegado a ser lo que fue” y él “siempre estuvo seguro de ello”.³⁶ Es esta “notable escritora” quien “abre el alma del riguroso calvinista ginebrino a un sentimiento más amplio y alegre de la vida”, al decir del mayor estudioso del liberalismo doctrinario que ha dado España, el profesor Luis Díez de Corral.³⁷ Y es que fue de la mano amiga de Pauline como Guizot, desde que abandonó la mansión de Stapfer en 1810, se aclimató a la atmósfera intelectual parisina, tomó el pulso a cuestiones candentes, frecuentó múltiples salones (junto a *chez* Suard, los de las señoras de Tessé, de Condorcet, de Houdetot, de Rumford...; el del abbé Morellet), trabó amistades y conocimientos (Constant, Barante, Lacretelle, Garat, Fauriel, Hochet y un largo etcétera) y vigorizó las ganancias de sus escritos.³⁸ Un proceso a través del cual el futuro político e historiador enriqueció sus fuentes de pensamiento, contrapesando su inicial carga germánica -heredada de Stapfer– con una decidida inmersión en la vida social y el mundo de papel de la capital francesa –porque Guizot no se limitó a escribir para el *Publiciste*, que cerró precisamente en 1810– donde, aun enmarañadas en el ambiente complejo del Imperio napoleónico, se debatían ideas políticas, filosóficas y sociales bajo la sombra alargada de la todavía cercana experiencia revolucionaria.

Corría el tiempo en que desde el poder imperial, sus funcionarios y sus intelectuales orgánicos, que a menudo venían a ser lo mismo, se sellaba la caída en desgracia del grupo de los “ideólogos” (Cabanis, Destutt de Tracy, Say, Garat, Volney...). Estos, herederos directos de la filosofía de las luces –el “partido filosófico”, se les llamaba– y de la *Enciclopedia*, de Helvétius, Condillac y Condorcet, republicanos, materialistas y hegemónicos durante el Directorio e inicios del Consulado, vieron languidecer los restos de su influencia mientras cotizaban al alza las

³⁵ G. DE BROGLIE, *op. cit.*, pp. 32-33. El contraste entre las personalidades de ambos que traza este autor ha tenido tanta fortuna que aparece incluso en la Wikipedia, al menos en la versión consultada en 31/10/2021. La cita de Ortega, en su “Prólogo para franceses” de *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p. 44.

³⁶ L. THEIS, *Guizot*, p. 197.

³⁷ L. DÍEZ DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984, p. 167.

³⁸ G. DE BROGLIE, *op. cit.*, pp. 34-35. C. H. POUTHAS, *op. cit.*, pp. 294-307.

tendencias “espiritualistas”, recristianizadoras cuando no neocatólicas, del tenaz “partido religioso”, amparadas por el pragmatismo, el oportunismo y otros ismos de un Napoleón que pensaba en la religión como el mayor sostén del orden social.³⁹

Además de cooperar en la reedición de Gibbon, de formar parte de los colaboradores del *Publiciste* mientras existió, de intercambiar ideas e influirse mutuamente, de opinar con reciprocidad cada uno sobre los escritos del otro, de encontrarse en los salones y de mantener una intensa correspondencia, Pauline y François fundaron en 1811 un semanario, *Les Annales de l'éducation*, que es considerado una de las primeras publicaciones periódicas de la pedagogía francesa. Perduró hasta la caída del Imperio en 1814 y su objetivo era luchar contra la confusión de ideas y valores que a juicio de ambos imperaba entre los actores de la educación, dentro y fuera de la escuela.⁴⁰

Y ya se sabe que el roce hace el cariño. Fue Pauline la primera en franquear la frontera entre “la afinidad intelectual y el sentimiento” en el otoño de 1809.⁴¹ Y durante los dos años siguientes, poco a poco, François pasó también del terreno de la amistad al de la intimidad. No parece haber duda en que fue ella quien llevó la iniciativa amorosa. En el verano de 1811, mientras realizaba una visita a su madre en Nîmes, él acabó por decidirse. La correspondencia cruzada entre los miembros de la pareja se inflamó. En noviembre François consiguió vencer la resistencia materna a un matrimonio tan poco usual, dada la diferencia de edad entre los novios. La madre de Pauline, que ya debía pensar en su hija como una solterona definitiva –es fácil imaginar qué significaba aquello allí y entonces– se mostró más feliz. La boda, escasa de solemnidad, se celebró en abril de 1812 mediante una doble ceremonia: en el templo protestante del Oratorio primero, dada la religión del novio; en la iglesia católica de la Magdalena después.⁴²

Los biógrafos de Guizot y la correspondencia conservada concuerdan en dar una imagen feliz de la pareja durante los quince años que duró su vida conyugal, hasta que Pauline murió. Quince años de “ternura, pasión, fusión”, según Theis.⁴³ Y Madame Guizot siguió escribiendo y publicando textos con su nuevo nombre. Pero el matrimonio era, según establecían tanto los usos sociales como el código civil de Napoleón, un contrato entre desiguales. “El marido debe a su esposa protección, y la esposa debe a su marido obediencia”.⁴⁴ Demasiadas veces el trabajo de Pauline permaneció sepultado, como había ocurrido en la traducción de Gibbon, bajo el nombre de su afamado esposo. Antoniette Sol ha sacado a la luz un conjunto de títulos

³⁹ A. COCO, *François Guizot*, Nápoles, Guida Editori, 1983, pp. 15-17. A. TIRAN, “Les idéologues, la *Décade philosophique, politique et littéraire* et Jean-Baptiste Say”, *Journal of Interdisciplinary History of Ideas*, 17, 2020, <http://journals.openedition.org/jihi/1116> [consulta, 19/11/2021], pp. 3-4. P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985, pp. 21-25. Sobre el grupo aún sigue siendo de enorme interés, pese a su venerable antigüedad (la edición original se remonta a 1891), el libro de F. PICAVET, *Les idéologues. Essai sur l'histoire des idées et des théories scientifiques, philosophiques, religieuses, etc., en France depuis 1789*, reeditado y disponible en línea gracias a la Université du Québec à Chicoutimi, http://classiques.uqac.ca/classiques/picavet/francois/les_ideologues/ideologues.html [consulta, 20/11/2021].

⁴⁰ A. RUOLT, ‘Pour sortir de la confusion, apprendre par l'histoire selon le jeune Guizot, d'après «Les voyages d'Adolphe» (*Les Annales de l'éducation*, 1811-1812)’, en *Questions Vives*, n° 28 (2017), <http://journals.openedition.org/questionsvives/2155> [consulta, 12/08/2021], p. 1.

⁴¹ G. DE BROGLIE, *op. cit.*, p. 33.

⁴² C.-H. POUTHAS, *op.cit.*, pp. 342-347. G. DE BROGLIE, *op.cit.*, pp. 32-38.

⁴³ L. THEIS, *Guizot*, p. 199.

⁴⁴ Así rezaba el artículo 213 del código napoleónico, como recuerda GISELA BOCK, *La mujer en la historia de Europa*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2001, p. 80.

que escribió sola o con François, y que no suelen recogerse en la bibliografía atribuida a ella.⁴⁵ En todo caso, el compenetrado equipo que formaban ambos continuó tras el matrimonio. En 1895 *La moda elegante* lo tenía claro: tras su enlace “formaron los dos, no sólo un hogar feliz y virtuoso, sino también una especie de sociedad literaria en que marido y mujer mutuamente se ayudaban con las fuerzas de sus poderosos entendimientos”.⁴⁶ Y Guizot reconoció a menudo el enorme estímulo que ella suponía en su vida. Quizá el mejor botón de muestra sea una cita de una carta que François escribió en 1815 desde Gante, donde había acudido a entrevistarse con Luis XVIII durante los Cien Días en que Napoleón recuperó el poder, poniendo así en peligro su prometedor futuro:

¿Sabes lo que me ha decidido, amiga mía? El deseo de convertirme en todo lo que debo ser para que nada falte a tu felicidad, de cumplir todos los deberes que me impone lo que tú piensas de mí. A ti se deben mi actividad y mi ambición; a causa de ti no quiero descuidar ninguna ocasión de distinguirme de los demás hombres.⁴⁷

3. GUIZOT CORRIGE A GIBBON: LAS NOTAS. De lo dicho se desprende que es de injusticia más que supina despreciar la aportación de Pauline de Meulan a la tarea de reeditar a Gibbon. Aunque no tradujo las miles de páginas del original inglés *ex novo*, cotejar las versiones francesas anteriores con la prosa del historiador británico y decidir qué dejar y qué cambiar de aquellas para lograr un resultado satisfactorio debió de resultar trabajoso. La mejora conseguida mediante esa reescritura fue notable y así se reconoció en su tiempo. Aún hoy, leer a Gibbon en el francés de Pauline resulta fácil: se expresa de un modo claro y comprensible. Y para explicar tal virtud se han aducido dos causas entrelazadas. De un lado, su versión “ha pasado por un proceso de simplificación”, como si “una música compuesta para el órgano” se interpretara “con el armonio”; del otro, Pauline tiende a “iluminar toda ambigüedad y dejar clara toda posible duda: se añaden los pronombres, nombres propios y puntuación necesarios para que todo se entienda sin tropiezo: el lector agradece un afán didáctico que tal vez el autor rechazaría”.⁴⁸ O no...

Sin embargo, fueron las acotaciones a pie de página de François, de una erudición sorprendente en un hombre tan joven, lo que más llamó la atención. Así fijaba sus objetivos en el prefacio con que abría la nueva edición:

Una buena obra que reimprimir, una traducción defectuosa que revisar, omisiones y errores tanto más importantes que rectificar en una Historia muy extensa, que, perdidos en cierto modo en el inmenso número de hechos que contiene, son eminentemente aptos para engañar a los lectores superficiales que creen todo lo que leen, e incluso a los lectores atentos que no podrían estudiar todo lo que leen; tales son los motivos que me han determinado a publicar esta nueva edición de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain*, de Edouard Gibbon, para refundir la traducción y unir a ella unas notas.⁴⁹

Unas notas críticas que, cabe añadir, no pretendían negar la valía general del libro de Gibbon. Este, dice Guizot, había escrito “una obra notable por la amplitud de

⁴⁵ P. 270.

⁴⁶ Véase la nota 28.

⁴⁷ Cit. en M. WINOCK, *Las voces de la libertad*, trad. de Ana Herrera, Barcelona, Edhasa, 2004, p. 58.

⁴⁸ C. FRANCI, ‘Reflexiones en torno a la traducción de *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, de Gibbon, por José Mor de Fuentes’, texto del año 2000, disponible en <http://www.saltana.org/1/tsr/51.html#.YZFl17qCFPa> [consulta, 30/10/2021].

⁴⁹ E. GIBBON, *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain*, ed. y trad. de F. Guizot, Paris, Chez Maradan, 1812, vol. I, p. V.

sus puntos de vista”, una obra “llena de resultados interesantes y positivos, a pesar del escepticismo del autor”. Y, por si fuera poco, el éxito que había conseguido desde que fue publicada, sostenido en el tiempo, “demuestra incontestablemente su mérito”. Además, pese a convertirse en algo común en “las naciones más esclarecidas de Europa” citar a Gibbon “como una autoridad”, es igualmente cierto que los mismos que han “descubierto en su libro inexactitudes”, o que no aprueban “todas sus opiniones”, no señalan “sus errores y no combaten sus ideas” más que con el cuidado que se reserva al “mérito superior”.⁵⁰ Que es, por cierto, advertimos nosotros, lo que él mismo hace en su edición.

“A pesar de sus flaquezas”, sostiene Guizot, Gibbon es “verdaderamente un hábil historiador”. Asimismo, “su libro, a pesar de sus defectos”, seguirá siendo “siempre una obra bella”. Es posible, pues, “señalar sus errores y combatir sus prejuicios”, que es lo que se propone hacer en sus notas, “sin cesar de decir que pocos hombres han reunido”, “de una manera tan completa y bien ordenada, las cualidades necesarias para quien quiere escribir Historia”.⁵¹ Las acotaciones de Guizot no pretenden, por ello, hundir la reputación de Gibbon ni nada parecido. Se trata de completar y corregir a un grande. Y, por más que las correcciones puedan suponer un cuestionamiento de la perspectiva gibboniana sobre el papel de la propagación del cristianismo en la ruina de Roma, el editor nunca pierde el respeto debido al autor, a quien admira. Vale la pena que cedamos la palabra a Guizot cuando informa de sus intenciones y del alcance de su trabajo:

No he buscado en mis notas sino rectificar los hechos que me han parecido falsos o alterados, y suplir aquello en que la omisión se convertía en una fuente de errores. Estoy lejos de creer que este trabajo sea completo: me he guardado mucho de aplicarlo a la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain* en toda su extensión; ello hubiera significado engrosar prodigiosamente una obra ya muy voluminosa, y adjuntar notas innumerables a las notas ya muy numerosas del autor. Mi primer objetivo y mi principal intención era revisar con cuidado los capítulos consagrados por Gibbon a la historia del establecimiento del cristianismo, para restablecer en toda su exactitud y bajo su verdadera luz los hechos que los componen; también me he permitido efectuar en ellos la mayoría de las adiciones: en otros capítulos, como el que trata de la religión de los antiguos persas, o aquel en que el autor expone el cuadro del estado de la antigua Germania y de las migraciones de los pueblos, me ha parecido que eran necesarias aclaraciones y rectificaciones; su importancia me servirá de excusa. En general, mi trabajo no se extiende apenas más allá de los cinco primeros volúmenes de esta nueva edición; es en estos volúmenes en los que se encuentra más o menos todo lo que concierne al cristianismo; es aquí también donde se ve el paso del mundo antiguo al mundo moderno, de las costumbres y las ideas de la Europa romana a las de nuestra Europa, lo que conforma la época más interesante e importante a esclarecer en la obra entera. Por cierto, los tiempos posteriores han sido tratados con cuidado por un gran número de escritores; también las notas que he adjuntado a los volúmenes siguientes son escasas y poco desarrolladas. Demasiado, quizá; con todo, puedo asegurar que me he impuesto severamente la ley de decir sólo lo que me parecía necesario, y de decirlo tan brevemente como me fuera posible.⁵²

A continuación, Guizot se detiene en detallar la amplia bibliografía de la que se ha servido en su tarea. Así, cita a autoridades antiguas usadas por Gibbon (la *Historia Augusta*, Dion Casio, Amiano Marcelino, Eusebio, Lactancio...).⁵³ También a teólogos anglicanos, apologetas del cristianismo, que ya arremetieron contra la interpretación

⁵⁰ *Ibid.*, p. XI.

⁵¹ *Ibid.*, p. XV.

⁵² *Ibid.*, pp. XVI-XVII.

⁵³ *Ibid.*, p. XXIII.

gibboniana de la expansión de la nueva religión cuando el libro apareció (Watson, Priestley, White y otros), y que, al parecer de Guizot, “atacaron los capítulos XV y XVI, a veces con razón, a menudo con amargura, casi siempre con armas inferiores a las de su adversario, que poseía mayores conocimientos, mayores luces y mayor espíritu”.⁵⁴ Asimismo declara conocer las notas críticas al primer volumen de la edición alemana del libro de Gibbon confeccionadas por Wenck, profesor de derecho en Leipzig, y las relativas al capítulo XLIV hechas por otro profesor de derecho, este en Gotinga, Hugo.⁵⁵ También refiere una larga lista de autores modernos, activos sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII (y algunos aún vivos), que habían estudiado las vicisitudes de la Iglesia primitiva (todos historiadores eclesiásticos alemanes, como Spittler, Henke, Plank, Walch, Michaelis y Paulus, con las excepciones del inglés Lardner y del historiador de la filosofía, también germano, Tenneman).⁵⁶ Y añade un conjunto de historiadores que se habían ocupado de “las migraciones de los pueblos del Norte”, alemanes de nuevo (Scholoezer, Gatterer, Adelung y Stritter), además del teólogo Kleuker –alemán y protestante, por supuesto– en cuya obra asegura haber encontrado “los medios de rectificar muchos errores que Gibbon había cometido hablando de la religión de los antiguos persas”.⁵⁷ La relación de autores consultados, pues, poco menos que apabulla.

Evidentemente, tal despliegue de nombres nos hace pensar que Guizot era, en el momento de editar a Gibbon, mucho más un hijo de la *Aufklärung* teutona (y protestante) que de las *lumières* francesas. Y, como se apuntó más arriba, es en la influencia –y la biblioteca– de Stapfer donde hay que buscar la raíz de esa filiación. El mismo Guizot no tuvo empacho en pagar la deuda contraída con su erudito patrón suizo, en cuya casa de los alrededores de París (la mansión Bel-Air, en Montfort-l’Aumary,⁵⁸ a una treintena de kilómetros de la capital) residía y ejercía como preceptor cuando comenzó a trabajar sobre Gibbon, “un hogar vivo de fe protestante” según él.⁵⁹ Así podemos leer en el prólogo:

Permítaseme declarar todo lo que debo a los consejos de un hombre, no menos ilustrado en general, pero versado en particular en las investigaciones en que he tenido que ocuparme. Sin el auxilio que he obtenido en las directrices y en la biblioteca de M. Stapfer, me habría encontrado muy a menudo azorado para descubrir las obras que podrían proporcionarme informaciones seguras, y habría sin duda ignorado muchas; me ha prestado a la vez sus luces y sus libros. Todo mi pesar, si se encuentra algún mérito en mi trabajo, será no poder dar a conocer precisamente cuán considerable es la parte que le es debida.⁶⁰

Ahora bien, la fecha en que este escrito vio la luz, 1812, no debe ocultar que desde 1810 la relación entre Guizot y Stapfer estaba rota sin que se sepa la razón exacta. Sin duda, la proximidad cada vez mayor a Pauline de Meulan, a quien no gustaba nada el ambiente germanizante, religioso, y a su parecer, “iliberal”, de *chez* Stapfer, tuvo mucho que ver: “la mala compañía en que vivís”, había escrito en una carta de 1809.⁶¹ En todo caso, en la primavera de 1810 Guizot se instaló en París y dejó de disfrutar de

⁵⁴ *Ibid.*, p. XVII.

⁵⁵ *Ibid.*, p. XX-XXII.

⁵⁶ *Ibid.*, p. XXIII.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. XXIII-XIV.

⁵⁸ A. COCO, *op. cit.*, p. 23.

⁵⁹ G. DE BROGLIE, *op. cit.*, p. 29.

⁶⁰ Vol. I, p. XXV.

⁶¹ C.-H. POUTHAS, *op. cit.*, p. 292.

la compañía y la biblioteca de Stapfer. Es probable que en esa fecha buena parte de las notas estuvieran ya redactadas.

Tampoco podemos ignorar que los antiguos autores del mundo clásico –que no se limitan a los que identificó en el prefacio– y los modernos historiadores y teólogos alemanes –con algún injerto anglicano– ya referidos no fueron los únicos apoyos que buscó Guizot para confeccionar sus notas, aunque incluso la revisión más rápida demuestra su predominio. En particular, claro está, en las acotaciones dedicadas a discutir la interpretación de Gibbon sobre la propagación del cristianismo, en las que se refieren a la irrupción de los pueblos germanos y en las que afectan a Persia y su relación con el mundo romano, que son los temas a los que más atención prestó Guizot.⁶² Pero en estos y en otros capítulos asoman aquí y allá humanistas del siglo XVI y *savants* de los siglos XVII y XVIII, los hubiera usado Gibbon o no. Así, filólogos anteriores a las luces, como Isaac Casaubon y Claude Saumaise; algún historiador eclesiástico y algún teólogo coetáneos de éstos, como Louis de Tillemont y el obispo anglicano Pearson; autores más recientes como el jurista ginebrino Jean-Louis de Lolme, los eruditos franceses Nicolas Fréret, Paul Foucher y Abraham Anquetil-Duperron, el geógrafo Jean-Baptiste Bourguignon d’Anville, o esos progenitores de la historia moderna que fueron el italiano Luigi Muratori y los escoceses William Robertson y David Hume, son nombres que asoman a pie de página sin agotar la nómina, diluyendo solo un poco el efluvio alemán reformado y, sobre todo, el aroma prestigioso de los escritores de la antigua Roma, que emana del conjunto. Incluso hay una aparición sorprendente de Malthus, a cuyo famoso ensayo sobre la población, o mejor, a su reciente traducción al francés realizada por Pierre Prevost, el más importante profesor de Guizot en Ginebra, el joven nimeño había dedicado dos artículos en el *Publiciste* en 1810.⁶³ Los clásicos latinos y los padres de la Iglesia, incorporando incluso menciones a los Hechos de los Apóstoles, forman de hecho el recurso más usado por Guizot. Que nos sigue apabullando.

Obviamente, analizar en profundidad el contenido de las notas, por muy interesante que se intuya, supera en mucho los límites de nuestro trabajo. Lucian Robinson ha sido capaz de conectar el interés de Guizot por Gibbon tal como se manifiesta en estas acotaciones con las preocupaciones del círculo de Madame De Staël, con las de Benjamin Constant y, sobre todo, con “la reacción *espiritualista* de principios del siglo XIX contra las opiniones antirreligiosas de los ideólogos y, por extensión, de los jacobinos y de Napoleón”.⁶⁴ Coincidimos con él, pero transitar por ese camino alargaría nuestro artículo hasta el infinito y más allá. Bastará aquí con dejar constancia, a continuación, de dos hechos que no son tan contradictorios como en principio pueden parecer.

Por un lado, Guizot había recibido con la leche materna una correosa fe calvinista, confirmada con su educación en Ginebra, que por aquel entonces parecía flaquear: frecuentaba poco el templo y quizá confiaba más en la razón humana que en la Providencia. Sin embargo, nunca en su vida abjuró ni cambió de bando, cuando se casó exigió que los futuros hijos hubieran de ser protestantes y, con los años, el compromiso con su credo religioso y con el cristianismo en general aumentó, lo que se tradujo en sus escritos y en su misma interpretación de la historia.⁶⁵ Como escribió

⁶² C.-H. POUTHAS, *ibid.*, p. 318.

⁶³ A. COCO, *op.cit.*, p. 198.

⁶⁴ L. ROBINSON, ‘Accounts of early Christian history in the thought of François Guizot, Benjamin Constant and Madame de Staël 1800–c.1833’, *History of European Ideas*, 2016, disponible on-line en <http://dx.doi.org/10.1080/01916599.2016.1223735> [consulta, 4/08/2021], p. 2.

⁶⁵ La obra más completa sobre estos asuntos es la de P. Y. KIRSCHLEGER, *La religion de Guizot*, Genève, Labor et Fides, 1999. ROSANVALLON, por cierto, constató (*Le moment Guizot*, pp. 385-386) que Guizot

Pouthas, “el primer paso del espíritu de Guizot” cuando se acercó al historiador inglés “fue, probablemente, protestar en nombre de la fe ante la irreligión” de Gibbon.⁶⁶

Por el otro, la inmersión en la vida intelectual parisina llevada a cabo de la mano de la mujer que acabó convirtiéndose en su esposa, y la propia personalidad de esta (que no era precisamente una dama devota, pero sí un “modelo de virtudes y deberes”),⁶⁷ le incitó a buscar en los mundos que existían fuera de la fe familiar y de los píos muros de la biblioteca de Stapfer otras lecturas y otras formas de pensamiento. Así se agudizó su racionalismo y se fortaleció su espíritu crítico. Que es lo que se manifiesta puro y cristalino en su edición del historiador inglés.

Muchos años después, Guizot mismo trató de resolver la ambigüedad que encerraba esa dicotomía entre razón y fe a la hora de anotar el libro de Gibbon con palabras que, si no zanján la cuestión, sí que la aclaran un poco:

Yo no diría que este primer estudio religioso me devolvió a la fe cristiana; pero me dejó lleno de vergüenza y de escrúpulos en mi racionalismo filosófico; entreví el carácter divino del cristianismo, y su historia se me apareció como una fuerte prueba de su sublime origen y de su verdad.⁶⁸

En fin, pese a ser la obra de un calvinista hecho y derecho, enfriado, eso sí, por la influencia de Pauline de Meulan y la mundanidad parisina, henchida de racionalismo pese al embate “espiritualista”, no estamos ante un ejercicio de apologética cristiana escrito por un fanático, sino ante un cuidadoso producto historiográfico destinado a generar y destilar conocimiento racional y que se ciñe a lo que podemos llamar las reglas del decoro académico. A las de entonces y, si no nos ponemos quisquillosos, a las de ahora. Hay que aseverar asimismo que Guizot, al desarrollar la consistente indagación necesaria para editar a Gibbon, llevó a cabo algo así como su particular aprendizaje del oficio de historiador, y que eso le dejó huella: la manera gibboniana de enfocar la historia iba a gravitar sobre la suya propia, a influir de algún modo sobre su futura producción. Como indicó el historiador italiano Antonio Coco, el “gravoso trabajo de la investigación erudita” se acompañó de “la satisfacción creciente de haber encontrado, con Gibbon, un modelo auténtico de historiografía que le generó inmediatamente una sensación extraordinaria de admiración y respeto”.⁶⁹ El desagrado que le provocó la vista de algunos árboles incómodos no le impidió, pues, contemplar la majestuosidad del bosque.

4. LA PUBLICACIÓN Y RECEPCIÓN POR LA CRÍTICA DEL GIBBON DE LOS GUIZOT. A pesar de que el librero Maradan hizo imprimir la fecha de 1812 en la portada de los trece volúmenes de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain* que nos ocupa, con lo que se nos da la engañosa sensación de haber sido publicados todos a la vez, o al menos todos en ese año, en realidad el proceso se alargó varios meses, algo habitual en las obras voluminosas. Salieron los tomos a la venta en cuatro tandas: tres en 1812 y una cuarta en 1813. En efecto, si consultamos las listas de la *Bibliographie de l'Empire français, ou Journal de l'imprimerie et de la librairie*, que desde

“antes de 1848, escribió poco sobre la religión. El historiador le asigna una función central en la historia de la religión, el hombre privado le hace un sitio en su vida y el hombre público se refiere a ella corrientemente en sus discursos, pero no hay producción intelectual específicamente consagrada a los problemas religiosos durante este periodo”. Será a partir de 1849, tras regresar a Francia desde el exilio inglés, cuando “la teología consuela a Guizot de la política y le ayuda a dar sentido a las vicisitudes de la historia de Francia”.

⁶⁶ P. 319.

⁶⁷ La expresión es de C.-H. POUTHAS, *op.cit.*, p. 380.

⁶⁸ F. GUIZOT, ‘Le christianisme et le spiritualisme’, p. 30.

⁶⁹ A. COCO, *op.cit.*, p. 38

noviembre de 1811 relacionaba –se puede decir que “fichaba”– semanalmente los libros y opúsculos que veían la luz en Francia de manera legal, encontramos que el *Prospectus* anunciador de la nueva edición de Gibbon, que es lógicamente lo primero que se imprimió para preparar el mercado, y del que se tiraron 2000 folletos, fue referenciado en el número del 28 de mayo de 1812. Asimismo, que los tres primeros volúmenes que formaron la entrega inicial del libro, de los cuales se tiraron 1000 ejemplares de cada uno, aparecieron mencionados en el del 16 de junio, notificando además que cada tomo tenía un precio de 7 francos en la librería, que serían 8,50 si el cliente lo quería recibir en otro lugar franco de portes. Y que los tres siguientes se recogen en el ejemplar del 28 de agosto, con la misma tirada y precios, advirtiendo que los siete volúmenes que habían de completar la obra serían publicados en dos tandas en los meses de noviembre y febrero próximos. Y, en efecto, los tomos del VII al X, con idénticas condiciones de tirada y precio, fueron referenciados en el número del 4 de diciembre. Los tres restantes, que cerraron la edición, y siempre manteniendo la tirada de 1000 ejemplares en octavo, lo fueron ya en el del 5 de marzo de 1813. En esta ocasión se informaba de que el precio total de los trece volúmenes ascendía a 91 francos, 110 si se compraban francos de portes.⁷⁰

No hay duda de que tanto la crítica como el público acogieron muy bien aquella nueva edición de Gibbon. La primera en forma de reseñas favorables y henchidas de parabienes. El segundo, acudiendo a adquirir los volúmenes, que en muy pocos años quedaron agotados y que hubieron de ser sucesivamente reimpresos en una carrera de éxitos que superó el mercado francés y que llega prácticamente hasta nuestros días. Las recensiones críticas, en unos momentos en que arreciaban los vientos del “espiritualismo” recristianizador, además de dialogar con Gibbon directamente (al fin y al cabo, lo que se publicaba era su obra), a quien reconocían sin ambages como un historiador excepcional autor de un libro extraordinario, pero al que tendían a reprochar su tratamiento “erróneo” de la propagación del cristianismo, valoraron con muy buenas palabras el erudito esfuerzo de Guizot para corregir ese “pecado” gibboniano.

Lucian Robinson ha considerado que las reseñas más significativas que se publicaron “de la traducción de Gibbon por Guizot fueron las debidas a Charles Vanderbourg y Claude Fauriel”.⁷¹ Y no le falta razón, aunque también hemos localizado otra importante realizada por Jean-Joseph Dussault. Los dos primeros eran críticos próximos a Guizot. Vanderbourg, que había sido colaborador del *Publiciste*, escribía a la sazón para el *Mercure de France*,⁷² semanario en que comentó la nueva edición de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain* en dos ocasiones. La primera en el número del 4 de julio, es decir, cuando se había publicado únicamente la primera entrega de tres volúmenes, y la segunda en la del 12 de septiembre, tras haber salido a la calle los tres siguientes.⁷³ Guizot, por cierto, también había

⁷⁰ Las referencias de las entregas del año 1812 están tomadas de *Bibliographie de la France, ou Journal général de la imprimerie et de la librairie. Première annee*, París, chez Pillet Aine, 1811 et 1812, entradas 2803, 3020, 3747 y 4949, pp. 422, 458, 578 y 761. La correspondiente a 1813, de *Bibliographie de l'Empire français. Tome troisième*, París, Pillet, 1813, entrada 675, p. 97.

⁷¹ L. ROBINSON, *op.cit.*, p. 3, n. 14.

⁷² R. MORTIER, ‘Un «germanisant» sous l'Empire et la Restauration. Charles Vanderbourg (1765-1827)’, *Revue belge de philologie et d'histoire*, tome 29, fasc. 4 (1951), pp. 1005-1007.

⁷³ Están accesibles en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k42438306/f172.item>, pp. 160-167, y en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k42438306/f503.item>, pp. 499-505 [última consulta: 10/10/2021].

colaborado con este periódico en 1810.⁷⁴ La recensión de Fauriel, por su parte, apareció en el número del 30 de agosto de *Le Moniteur Universel*, periódico en el que también colaboraba Guizot por aquel entonces,⁷⁵ dato nada despreciable. Y, dada la fecha, se limitaba a rendir cuentas de los tres primeros volúmenes, que eran los que el comentarista reconocía haber examinado. Ni Vanderbourg ni Fauriel eran unos críticos cualquiera. El primero era un gran conocedor de la literatura alemana; el segundo reunía en su biografía experiencias tan diferentes como estar muy próximo al núcleo duro de los “ideólogos” (su ligazón con Cabanis había sido muy fuerte), a Madame de Staël y a Benjamin Constant, por una parte, y, por otra, haber sido secretario del intrigante y camaleónico Joseph Fouché, el famoso ministro de Policía de Napoleón.⁷⁶ Y en aquel verano de 1812, y al menos desde un año atrás, Guizot y Fauriel eran buenos amigos.⁷⁷ Tanto que incluso conservamos una carta datada el 12 de agosto en que el primero presionaba al segundo para que publicara la recensión de la edición de Gibbon que ya debían tener acordada:

¿Cuándo vendréis a vernos, mi querido amigo? Tengo toda clase de razones para deseárselo. En primer lugar, si vuestro artículo sobre Gibbon está terminado, seríais muy amable de traérmelo o de enviármelo: el librero y el *Moniteur* me persiguen: os los traspaso. La segunda entrega no tardará en aparecer y ellos dicen que importa que la primera haya sido anunciada de antemano.⁷⁸

No es necesario entretenerse en destripar ambas críticas. Son lo que uno esperaría de la labor propagandística de dos amigos: no regatean los elogios ni las muestras de entusiasmo ni sobre la obra de Gibbon (con los consabidos peros), ni sobre la edición de Guizot, ni sobre la revisión de la traducción, que uno y otro debían de saber que era un arreglo hecho por Pauline, aunque no la nombraran.

Jean-Joseph Dussault, finalmente, era un crítico veterano que tenía fama, parece ser que merecida, de complaciente, de conciliador y de superficial, de no mojarse demasiado en las controversias y de no llegar casi nunca al meollo de la cuestión. Sainte-Beuve escribió sobre él que “su elegancia estudiada, rígida, es un poco corriente”, y que “su juicio no destaca netamente”.⁷⁹ Escribió en tres ocasiones sobre la edición de Guizot en el *Journal des Débats*, entonces llamado, por imposición de Napoleón, *Journal de l'Empire*. El primer texto fue publicado el 5 de julio de 1812 y es un largo discurso en el que sitúa a Gibbon como la culminación de la historiografía sobre Roma. El segundo, el 30 de diciembre del mismo año, es donde se detiene en valorar la edición de Guizot, algo que hace con tanta cordialidad y buenas palabras como sus dos colegas referidos. Y el tercero, el 3 de abril de 1813, es decir, tras ser completada por Maradan la publicación de los 13 tomos del libro de Gibbon, constituye un cierre que no añade demasiado. Los tres escritos fueron reunidos por Dussault en el tomo tercero de sus *Annales littéraires*, obra en la que recopiló sus principales artículos de crítica literaria publicados en el *Journal des Débats* –con esa cabecera o

⁷⁴ A. COCO, *op.cit.*, p. 198.

⁷⁵ La reseña de Fauriel, en <https://www.retronews.fr/journal/gazette-nationale-ou-le-moniteur-universel/30-aout-1812/149/1332155/4> [última consulta: 15/10/2021]. Guizot publicó textos en *Le Moniteur Universel* en 1811 y 1812, y después en 1817, como se puede ver en A. COCO, p. 198.

⁷⁶ F. PICAUVET, *op. cit.*, pp. 63-66 del tercer pdf on-line.

⁷⁷ La amistad entre ambos, que después se enfrió, fue tratada en lo que se refiere a esa época por J. B. GALLEY, *Claude Fauriel membre de l'Institut, 1772-1843*, Saint-Étienne, Imprimerie de la Loire Républicaine, 1909, pp. 212-219.

⁷⁸ La carta está reproducida en J. B. GALLEY, *ibid.*, p. 217.

⁷⁹ C.A. SAINTE-BEUVE, *Portraits contemporaines*, París, Didier, 1846, t.II, P. 684.

con la napoleónica— desde 1800 hasta 1817.⁸⁰ El hecho de que Maradan fuera uno de los editores de esta compilación, junto a la peculiaridad de ser el único crítico que comentó la última entrega de la obra, apuntan a que fue el librero el impulsor de las tres reseñas de Dussault. Cabe insistir: propaganda, estrategias de marketing.

5. EL ÉXITO DE PÚBLICO Y LA PROYECCIÓN EXTERIOR. Si la crítica aplaudió a Guizot, la acogida del público, animado o no por tan elogiosos comentarios, fue asimismo positiva. Pese a lo voluminoso de la edición, y pese a la existencia de la versión que venía a suplir, cuyo éxito cabe medir por el hecho de que algunos volúmenes habían sido reimpresos tras agotarse, de manera que ya debía haber satisfecho la demanda de buena parte de los potenciales lectores, los tomos pasados por las manos de los Guizot se vendieron suficientemente bien como para que en pocos años salieran en París dos nuevas reediciones completas. De 1819 data la realizada por iniciativa del librero Lefèvre. De 1828 —el año en que Guizot impartía sus impactantes lecciones sobre la historia de la civilización en Europa— la efectuada por otro librero, Ledentu. Ambas incluían las notas de François, así como el prefacio y la biografía de Gibbon que redactó para la de 1812. La versión de la *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain* preparada por los Guizot ya funcionaba, pues, como una especie de *long seller*. Lo ha seguido haciendo: en el último cuarto del siglo XX la ha publicado repetidas veces la editorial Robert Laffont.

La reedición de 1828 llamó la atención del reverendo Henry Hart Milman, erudito dignatario de la iglesia anglicana que acordó con una casa editorial de Londres, John Murray, sacar de nuevo a la calle *Decline and Fall* con el esmero debido para eliminar las erratas de las versiones anteriores. Los doce volúmenes en octavo resultantes fueron publicados entre 1838 y 1839, y refundidos en seis en una edición revisada por Milman en 1846.⁸¹ Y antes y después de ese año las reediciones “milmanianas” abundaron tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos. El clérigo inglés admiraba sobremanera a Gibbon, pero consideró su deber corregir lo que consideraba el “destemple capital” de este: “su concepto equivocado de la naturaleza y el influjo del cristianismo”.⁸² Por ello redactó una serie de notas críticas de su propia mano. Pero, además, adjuntó a su edición la mayor parte de las notas de Guizot (“colocándolas aquí casi todas”),⁸³ a la vez que reconocía la deuda que tenía con el historiador francés en el prólogo de su primer tomo:

Ha tomado [el editor: Milman habla de sí mismo en tercera persona] todas las notas de Mr. Guizot, relativas al cristianismo, persuadido de que en esta materia la autoridad de un Francés, como estadista y cristiano sincero y discreto, parecería mas independiente y desapasionada, y por tanto mas eficaz, que la de un clérigo inglés. No ha escrupulizado el editor en colocar aquí las anotaciones de Mr. Guizot, por cuanto el celo por todo jénero de conocimientos que rebosa en todas las obras de aquel historiador sobresaliente le ha inducido á opinar que serian apreciadas por los lectores ingleses.⁸⁴

Ya vimos antes que Guizot, en un escrito de 1869, se refería al uso de sus anotaciones por Milman. Además, recordemos, en el mismo texto citaba también la edición realizada en 1854 por William Smith, que en realidad consistía en una

⁸⁰ M. DUSSAULT, *Annales littéraires*, París, chez Maradan y chez Lenormant, 1818.

⁸¹ J. A. DELGADO DELGADO, *op. cit.*, p. 482.

⁸² Cito del prólogo escrito por Milman para su edición según la traducción de José Mor de Fuentes de la que se hablará enseguida. Las palabras entrecomilladas proceden del vol. I de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Barcelona, José Bergnes y compañía, 1842, p. 13.

⁸³ *ibid.*, p. 16.

⁸⁴ *Ibid.*, p.17.

reedición de la de Milman pero con el añadido de nuevas notas, en este caso del propio Smith. Previamente, en 1851, y eso –al menos que sepamos– no lo recogió en sus escritos Guizot, se publicó en Cincinnati, en solo dos volúmenes de apretada tipografía, otra edición en inglés que llevaba como antetítulo nada menos que *Gibbon's Guizot*. El texto de *Decline and Fall* se acompañaba aquí de la traducción de todo lo que Guizot había escrito para su edición francesa, es decir, el prefacio, la noticia sobre la vida y el carácter de Gibbon y las notas críticas sin los recortes de Milman. Curiosamente, en una nota a pie de página, se decía que “la revisión y corrección de la traducción de la historia de Gibbon a la lengua francesa, fue efectuada por la madre de Guizot”.⁸⁵ Pobre Pauline...

La edición inglesa de Milman constituyó la base de la primera traducción al castellano de la obra, que solo comenzó a salir a la venta en 1842. Hubo que esperar, pues, más de sesenta años para que, gracias al triunfo de la revolución liberal tras una cruenta guerra civil, una obra tenida por “anticristiana” y que figuraba en el temible *Índice de los libros prohibidos*⁸⁶ pudiera ser leída en la lengua de Cervantes. Ocupó ocho tomos, titulados *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, que se imprimieron en Barcelona entre el referido 1842 y 1847, los cinco primeros editados por Antonio Bergnes de las Casas y los otros tres por Juan Oliveres. José Mor de Fuentes, que fue el traductor, añadió un prólogo de su mano en el que manifestó su entusiasmo por una obra que calificó como “la más instructiva y provechosa de toda la literatura antigua y moderna”.⁸⁷ Más allá de redactar este escrito introductorio, su tarea se centró en traducir al completo la reciente edición de Milman, incluyendo por tanto las notas de Guizot tal como las había recogido el clérigo inglés.

Mor de Fuentes, aragonés, entonces ya anciano, conocedor de diversas lenguas (tradujo del francés, del inglés, del alemán, del latín y del griego)⁸⁸ y lo más parecido a un profesional en la materia que hubo en la España de la primera mitad del siglo XIX, realizó un trabajo que ahora nos produce cierto desasosiego. La facilidad con que un inglés lee hoy en día la prosa de Gibbon, o un francés la versión de Pauline de Meulan, desaparece cuando nos toca luchar con las frases poco amenas de Mor de Fuentes. En vez de privilegiar la fidelidad al original, lo que no era tan difícil, prefirió adaptar el estilo de Gibbon al suyo propio, optando por un castellano tan “castizo” –el adjetivo lo emplea la traductora de una reciente edición abreviada en castellano de la *Historia de la decadencia y caída, ya no ruina, del Imperio Romano*, Carmen Francí– que con el tiempo ha quedado anticuado, arcaico. Su aversión a utilizar barbarismos a día de hoy normalizados, su tendencia a inventar derivados de corto recorrido y su afición a usar modismos peculiares que ya difícilmente se entienden, nos separan del texto. Como lo hace su –para nosotros– tortuosa sintaxis, muy alejada de los gustos actuales.⁸⁹ Pese a que ha sido varias veces reeditado en el siglo XX, su lectura se ha vuelto muy incómoda y trabajosa. O al menos ese ha sido mi caso.

6. EL ACCESO DE GUIZOT A LA UNIVERSIDAD. Recojamos velas y volvamos a Francia. La excelente acogida de crítica y público cosechada por aquella *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain* de 1812-1813 coincidió con un hecho en cierto modo casual que abrió a su joven anotador las puertas de la universidad. Hasta ese momento Guizot había sido una especie de escritor todoterreno, un fértil polígrafo –el apelativo,

⁸⁵ Como editorial consta J.A. & U.P. James. Lo de la madre de Guizot, en la nota de la p. XVII del prefacio.

⁸⁶ M. ROMERO RECIO, ‘Gibbon en la España de los siglos XVIII y XX’, en M. ROMERO RECIO (coord), *La caída del Imperio Romano. Cuestiones historiográficas*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2016, p. 130.

⁸⁷ E. GIBBON, *ibid.*, vol. I, p. 6.

⁸⁸ M. ROMERO RECIO, *op.cit.*, p. 129.

⁸⁹ C. FRANCÍ, *op.cit.*, s.p.

usado en femenino, serviría asimismo para Mademoiselle de Meulan – que igual servía para confeccionar diccionarios de sinónimos que para redactar entradas de repertorios biográficos, para traducir libros extranjeros que para tratar temas pedagógicos, para ensayar la crítica artística que para ejercer la literaria y teatral. Especial atención mereció su reseña de *Les Martyrs* de Chateaubriand, inserta en el *Publiciste* en la primavera de 1808, tan favorable que chocaba con la línea editorial del periódico. Sus ecos, lo hemos visto, llegaron incluso al redactor de la necrológica de *La América* tantas décadas después.

Sin embargo, no fueron raras las reseñas que Guizot dedicó a libros de temática histórica (las de la *Histoire de la France pendant le XVIIIe siècle*, de Charles de Lacretelle, entre otras) y Pauline ya avanzó, cuando empezaba la relación entre ambos, que François prometía sobre todo como un historiador con futuro. “Usted habla siempre mejor de las cosas que de los libros”, le escribió en una ocasión, “su talento me parece eminentemente apropiado para la historia”.⁹⁰ Pero hasta que hubo de vérselas con *Decline and Fall* ese talento intuido por su futura esposa se había desarrollado poco. Cuando entre 1811 y 1812 publicó en los *Annales de l'éducation* los siete artículos que constituyen el relato pedagógico *Les voyages d'Adolphe*, en el que usaba la historia social y política como instrumento educativo “para aprender a razonar”, ya orbitaba bajo el influjo de Gibbon.⁹¹ En todo caso, nadie habría dicho en los albores de 1812 que en el transcurso escaso de semanas Guizot se convertiría en un historiador “profesional”, investido con los honores y la responsabilidad de un considerable poder docente.

En sus memorias Guizot vinculó su acceso al profesorado universitario al interés que habían despertado su trabajo sobre Gibbon y sus escritos en la revista educativa que sacaba adelante con Pauline de Meulan:

Mis primeros trabajos, sobre todo mis *Notes critiques* sobre la *Histoire de la décadence et la chute de l'Empire romain*, de Gibbon, y los *Annales de l'éducation*, colección periódica donde yo había abordado algunas de las grandes cuestiones de la educación pública y privada, habían obtenido, de parte de hombres serios, alguna atención.⁹²

Y liga esa frase con “la benevolencia del todo espontánea” del *gran maître* de la Universidad imperial, Louis de Fontanes, que lo nombró profesor adjunto.⁹³ El poderoso Fontanes, cuyo cargo superaba en atribuciones a las tradicionales de un rector, acercándose a las de un ministro al depender directamente del emperador, era el encargado de aplicar la política de este en el campo de la instrucción pública, una política empeñada por aquellos días en rendir los últimos reductos culturales de los “ideólogos”.⁹⁴

Theis ha escrito que fue el trabajo con Gibbon lo que “sirvió de pasaporte para convertirse en profesor en la universidad” a Guizot y lo que “le condujo a elegir la noción de civilización como objeto de su reflexión y de su enseñanza, inaugurada, no sin aprensión, en diciembre de 1812”.⁹⁵ La segunda parte de la afirmación es indiscutible, pero la primera es problemática. Ya hemos visto que en esta fecha la totalidad de los tomos aún no había visto luz. Es más, cuando Guizot fue designado

⁹⁰ G. DE BROGLIE, *op.cit.*, p. 31.

⁹¹ A. RUOLT, *op.cit.*, p. 3 y ss.

⁹² F. GUIZOT, *Mémoires pour servir l'histoire de mon temps*, París, Michel Lévy frères, 1858, t. I, p. 14.

⁹³ F. GUIZOT, *ibid.*, pp. 14-15.

⁹⁴ A. COCO, *op.cit.*, p. 50.

⁹⁵ L. THEIS, *Guizot*, p. 15.

profesor adjunto en abril de 1812, Maradan no había impreso ni el prospecto de la obra que comenzó a publicarse en junio. Lo que parece echar por tierra incluso el relato que hace Guizot en sus memorias: ¿podía captar la atención de los hombres “serios” una edición de Gibbon aún por publicar? La respuesta solo puede ser positiva si suponemos que, en todo o en parte, las adiciones de Guizot habían circulado entre esos hombres “serios”, a petición de él mismo, al objeto de que pudieran realizar las observaciones que estimaran convenientes antes de ser llevadas a la imprenta. Una solicitud de opiniones que ni entonces era rara, ni lo sigue siendo ahora. Y de la que hay plena constancia en la manera de trabajar de Guizot. En la carta a Fauriel que antes hemos esgrimido existe un párrafo referido a la obra en la que aquel estaba trabajando en ese momento, *Vies des poètes français*, que sirve a la vez para ejemplificar cómo funcionaba esa operación de recabar críticas antes de que una obra quedara fijada en letras de imprenta y para recordar el papel de Pauline de Meulan como miembro pleno –por más que silenciado en los títulos de sus libros– de la sociedad literaria que formaba con su marido:

Mucho querría poder haceros leer la introducción a las *Vies des poètes français*; estoy hasta el cuello y la tengo a punto de terminar; es un cuadro rápido del estado de la literatura al comienzo del siglo XVII. Deseo extremadamente que me digáis qué pensáis de ella antes de mandarla al librero. Habéis prometido a mi mujer algunos fragmentos de los provenzales, querría poder integrarlos. Este trabajo me ha requerido y me requiere mucho esfuerzo; hay que ser conciso y completo, ¿cómo tomárselo? Veréis, es todavía demasiado largo. Encontraréis apenas una multitud de resúmenes, pero los creo justos e interesantes: reposan todos sobre los hechos. Mi mujer me ha ayudado mucho; ella tiene un gran talento para descubrir los hechos y las ideas.⁹⁶

Que hubiera hombres “serios” que habían de conocer con algún detalle el trabajo de Guizot como editor de Gibbon parece, pues, un hecho que invita a pocas dudas. Sin embargo, hay que tener en cuenta en el acceso a la vida docente de nuestro hombre tanto o más la irrupción sorpresiva del azar y la solidez de la red de influencias en la que se movía –su acumulación de capital social– que cualquier otra consideración.

Vayamos por partes. La decisión de casarse implicaba la necesidad de salir a la caza de una estabilidad económica que la pluma no garantizaba. Un primer intento de Guizot de acceder al cargo de auditor del Consejo de Estado acabó en nada antes de que los novios contrajeran matrimonio. Pero en marzo de 1812 moría Pierre-Charles Levesque, el ocupante de la única cátedra de historia de la Facultad de Letras de París. Fontanes decidió, pese a la existencia de otros candidatos, ascender a ese puesto al hombre que hasta entonces había sido su adjunto, Charles de Lacretelle. Guizot era amigo de este, que había sido nada menos que el último director del *Publiciste*, y sobre cuyas obras había escrito, como ya apuntamos, varias reseñas elogiosas (al menos siete entre 1808 y 1810).⁹⁷ Pero fue el maniobrero Suard, especialista consumado en el arte de mover voluntades, quien actuó entre bambalinas al escribir al rector una cálida carta de recomendación a favor de su protegido que le despejó en última instancia el camino. Con rapidez inusitada, en abril, y tan solo dos días después de la boda de François y Pauline, Fontanes autorizó a Lacretelle a confiar una parte de su carga docente al recién casado, convertido con ello en profesor adjunto. Y en el mes de julio,

⁹⁶ J. B. GALLEY, *op. cit.*, p. 217. *Vies des poètes français du siècle de Louis XIV* fue publicada por el librero Shoell en París en 1813. En la portada solo aparecía como autor F. Guizot. Pauline, una vez más, fue ocultada.

⁹⁷ L. THEIS, *François Guizot*, p. 331. E. BARRAULT, ‘Lacretelle, un écrivain face à la Révolution française (1766-1855)’, en *Annales historiques de la Révolution française*, 333 (2003), p. 77.

sin que este hubiera dado todavía ninguna clase, decidió escindir la cátedra de historia en dos: la de historia antigua para Lacretelle y la de historia moderna para Guizot. El flamante catedrático no había cumplido todavía los 25 años, lo que implicó que Fontanes hiciera el nombramiento “con dispensa de edad”.⁹⁸ Únicamente los tres primeros volúmenes de Gibbon estaban en ese momento publicados, y solo desde el mes anterior.

En la decisión de crear esa segunda cátedra de historia, de manera que la docencia de la disciplina quedara cortada en dos “rebanadas”, la de historia antigua y la de historia moderna, debió pesar, seguramente, la constatación de la notable demora con la que avanzaba la institucionalización de la enseñanza de la historia en Francia. Jacques Le Goff, el gran medievalista de *Annales*, destacó que, mientras en Alemania la primeras cátedras de historia se crearon en el siglo XVI, o en Oxford y Cambridge existieron cátedras de historia antigua desde 1622 y 1627, respectivamente, y de historia moderna desde 1724 en ambos casos, “Francia, en comparación”, se encontraba “muy atrasada”. Hubo que esperar a 1775 para que se creara “en el Colegio de Francia una cátedra de historia y moral, y a finales del siglo XIX una cátedra independiente de historia”. En la universidad tardó más: “en la Sorbona aparece la primera cátedra de historia antigua en 1808, y la primera de historia moderna en 1812”.⁹⁹ Esto es, la que ocupó Guizot.

“No cabe duda”, escribió Pouthas, “que el mejor título de Guizot” para acceder a la cátedra “fue la recomendación de Suard, apoyada verosímilmente por la adhesión de Lacretelle”. Sin embargo, añadía, Guizot no podía ser tenido aún por un historiador: “las notas del Gibbon eran su único trabajo en este dominio y son más las de un filólogo que las de un historiador”.¹⁰⁰ Se trata de una afirmación discutible, al menos en su última parte (¿que impide verlas como las notas de un historiador tanto o más que como las de un filólogo?), pero eso no importa aquí demasiado. También es bien extraño, aunque no parece que preocupara mucho entonces ni haya de marearnos ahora, que se entregara la enseñanza de la historia moderna a alguien cuya principal y casi única experiencia historiográfica fuera la edición, todavía en la imprenta, de una obra ajena que versaba sobre la declinación y ruina del “modernísimo” Imperio romano. Lo que es indudable, y eso sí que importa, es que el *gran maître* Fontanes estaba sobre todo empeñado en recuperar la universidad francesa para la religión, rescatándola de la filosofía deicíoquesca, tan poco piadosa: “en vista de las generaciones venideras”, escribió Sainte-Beuve, “tendía a hacer entrar en la Universidad el espíritu moral, religioso, conservador, y la mayor parte de sus elecciones fueron en ese sentido”.¹⁰¹ Y lo que parece igualmente plausible es que las noticias que Fontanes debía tener sobre el sentido de las acotaciones de Guizot a Gibbon en los primeros volúmenes, fueran de la profundidad que fueran, le hubieron de parecer acordes con su causa (a fin de cuentas, corregía al descreído Gibbon), por lo que no requirió más credenciales al aspirante a catedrático. Además, el hecho de que el anotador fuera calvinista se interpretó incluso como un tanto a su favor: se contó que Fontanes pensaba que “el veneno de la irreligión” había hecho grandes progresos entre los católicos, y que era entre los protestantes donde había que “buscar los

⁹⁸ C.-H. POUTHAS, *op. cit.*, pp. 350-355. G. DE BROGLIE, *op. cit.*, p. 40-41. F. GUIZOT, *Memoires*, I, 15.

⁹⁹ J. LE GOFF, *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?* trad. de Yenny Enríquez, México, FCE, 2016, pp. 25-26 de la edición electrónica.

¹⁰⁰ C. H. POUTHAS, *op. cit.*, pp. 354-355.

¹⁰¹ C.A. SAINTE-BEUVE, *op. cit.*, pp. 264-265.

verdaderos y útiles defensores del cristianismo”.¹⁰² Laurent Theis, por otro lado, ha sostenido que no es “inimaginable que la nominación de Guizot”, conocido su entusiasmo por *Les Martyrs*, también hubiera “debido algo a Chateaubriand”, que era muy amigo de Fontanes.¹⁰³

Desde aquel mismo año Guizot iba a demostrar que sí que era capaz de hacerse un gran historiador. E incluso de madurar como pensador, gracias en parte a la amistad que entabló con un colega, el profesor de historia de la filosofía Pierre-Paul Royer-Collard (otra apuesta de Fontanes), hasta convertirse junto a él en el más conspicuo abanderado del liberalismo doctrinario y en el defensor más escuchado –y más aborrecido por demócratas y republicanos– de lo que se llamó la política del “justo medio” entre las nostalgias reaccionarias y los sueños revolucionarios. Y sin desdeñar la importancia de la sonrisa del azar, y sin olvidar tampoco que en Guizot los planteamientos historiográficos y el programa político son dos caras de una misma moneda, ese largo camino de estudioso de la historia se había iniciado en conversación con Gibbon.

¹⁰² Al menos, esa es la clave que da el inspector de estudios Pictet a su amigo, el profesor ginebrino y pastor Vaucher, en una carta fechada en diciembre de 1812. G. DE BROGLIE, *op.cit.*, p. 40. C. H. POUTHAS, *op.cit.*, p. 355. P. Y. KIRSCHLEGER, *op.cit.*, pp. 112-113.

¹⁰³ L. THEIS, *François Guizot*, p. 331.